

Reseña. *Territorio de la herida. Poesía reunida (1968-2019)*. Cristina Galán Rubio, Madrid, Sial Pígalión, 2019, 132 páginas. Prólogo de María Antonia García de León. Epílogo de Concha García.

<https://sialpigmalion.es/libro/territorio-de-la-herida-poesia-reunida-1968-2019/>

Tras un período de silencio, como declara la autora en las palabras preliminares del libro, la escritora de origen manchego Cristina Galán Rubio nos ofrece este poemario donde recoge la mayoría de los versos que ha ido alumbrando con dolor y gozo a lo largo de cuatro décadas, desde su adolescencia hasta la actualidad. Algunos de ellos habían permanecido inéditos hasta ahora: “Los guardé en carpetas y cuadernos durante años, con la idea de compartirlos algún día, y, al fin, hoy ven la luz en este libro [...]” (p. 23), nos revela. Otros, en cambio, son versos que habían sido publicados tiempo atrás, por ejemplo, en su primer libro de poemas, *Primaveras del cuarto oscuro* (1984) o en *El abismo mágico* (2012), un segundo poemario editado esta vez en Segovia, ciudad donde nuestra poeta ejerció durante veinte años la docencia en ciencias biológicas, justamente en el mismo instituto de enseñanza secundaria donde el gran poeta sevillano Antonio Machado había impartido clases de francés en el período 1919-1932. No obstante, hay que señalar que unos y otros –los versos inéditos y los ya publicados– han sido retocados y pulidos por la propia autora para ofrecerlos aquí en una nueva versión, remozada, a sus lectores: “La gran mayoría los he reescrito con nuevas aportaciones, y en ellos aparecen las ideas, razones y emociones que definen mi equipaje vital” (p. 26). Este libro encierra, pues, una vida entera volcada en los surcos de la escritura. “Escritura y vida se anudan en una misma distancia” (p. 117), escribe Concha García, escritora y poeta, en el epílogo del libro. Y, como tal, reconocemos aquí las vivencias de un ser humano tan sensible a lo que le rodea como hábil para hacerlas llegar a sus lectores.

Por último, para finalizar esta parte introductoria que pretende ubicar el libro reseñado en el conjunto de la obra de Cristina Galán, citaremos su producción en prosa: por un lado, la obra *Valdepeñas: Mujeres en la guerra de la Independencia* (2003), que se propone recordar el valeroso papel desempeñado por las mujeres de esa ciudad castellano-manchega en la guerra contra los franceses a principios del siglo XIX; por otro, una novela histórica en la que la autora recrea la vida de un guerrillero manchego durante esa misma guerra de independencia española: *Sueños de libertad. Francisco Abad, alias Chaleco* (2009).

La estructura del libro aquí reseñado trata de reflejar las etapas poéticas (no necesariamente lineales) por las que ha atravesado la poeta, cuatro etapas que van en paralelo a otras tantas etapas vitales, cada una de ellas marcada por hitos y temas que se adivinan con mayor o menor claridad a través de los correspondientes títulos:

- I. *Primaveras del cuarto oscuro* (Poemas 1968-1980)
- II. *El abismo luminoso* (Poemas 1980-2000)
- III. *Signos contra el silencio* (Poemas 2015-2016)
- IV. *Paisaje habitado* (Poemas 2014-2019)

I.-En la primera de ellas se tocan temas que una (poeta) adolescente va registrando en su despertar al mundo de la realidad, en el proceso de alejarse cada vez más de los algodones y las vendas de la infancia. Aquí encontramos, precozmente, el sano ejercicio de la denuncia, uno de los rasgos más persistentes en el conjunto del poemario, como ya señala la socióloga y

poeta María Antonia García de León en el prólogo: “Una voz de denuncia, una voz que no tolera ser llamada” (p. 15). Así, la denuncia de la censura en el territorio del amor, donde habitan los corazones “acuartelados” (“Pasamos tanto años agazapadas / a la sombra de sueños proscritos...”, p. 36), y que va estrechamente ligada a la denuncia de aquellos tiempos oscuros y de opresión de la sociedad del franquismo (“Querían nuestro sueño... / Condenaron nuestro tiempo...”, p. 44). Aquí ya la búsqueda de lo auténtico o, al revés, la crítica de lo apócrifo, ya sea en el interior de una misma (a través de la introspección: “Detrás de mí: el antihéroe...”, p. 40) ya en los demás, reprobando los muros que ante otros a veces levantamos (“...taponas orificios / por donde entran la luz y las verdades”, p. 38). Aquí ya, tan temprano, el amor y el deseo (“Se festeja el holocausto / de mi amor atado a la punta de tus ojos”, p. 32). Aquí ya la reflexión sobre el acto de escribir, el reconocimiento del valor demiúrgico de las palabras, de su poder creativo sin límite (“Palabras que recrean lo que amas / y devuelven sus sombras poderosas”, p. 41). Aquí la expresión de la experiencia de las mujeres, que solo ellas pueden expresar puesto que solo ellas la viven en vivo y en directo (“Corría por sus piernas / la primera mancha roja, / el primer rejón de muerte, / la primera cadena de la hembra”, p. 34). Cristina Galán se une, así, al torrente de mujeres poetas que en nuestro tiempo vienen con su voz a equilibrar un lenguaje construido por el patriarcado a su propia medida, desde que Adán, al principio de los tiempos, con su visión de varón “puso nombre a todos los animales y a las aves de los cielos, y a todo el ganado del campo” (Génesis 2: 20). Eva llegaría después, cuando el trabajo de nombrar ya estaba hecho.

II.-La segunda parte, titulada “El abismo luminoso”, recoge poemas escritos a lo largo de dos décadas (1980-2000), de modo que el abanico de temas se amplía necesariamente. Junto a la denuncia social (el poema “Cabeza vana” dedicado “a todos los marginados”, p. 53) la autora propone un recuerdo para los jóvenes de los años setenta, su generación, una generación de “amantes de sueños subversivos” (p. 54) a los que la censura política franquista no pudo sustraer los versos de Antonio Machado o de Federico García Lorca, dos de los más altos poetas españoles cuyo triste e injustísimo final rememora Cristina Galán con emoción en “La espina” (p. 63) y en “No ha muerto” (p. 64), respectivamente. La progresiva concienciación política de la autora se refleja con no menor intensidad en el poema “Huidos” (“Aquellos seres perdidos / escondidos en el monte / como lobos inocentes”, p. 62), una toma de conciencia que es perfectamente explicable cuando se llega a los versos de “En la retaguardia”, dedicados a su abuelo Manuel, protagonista vencido de la guerra civil española, como tantos otros. Hoy diríamos de nuestra poeta que no ha perdido la “memoria histórica”, la memoria de nuestra historia social más reciente, como no ha perdido la memoria añorante de su infancia (“¿Dónde las sombras que habitaban / la casa encendida de mi infancia?”, p. 65) y de la inocencia de entonces, invocada en el poema “Limpieza profunda”. Pasadas la infancia y la adolescencia, queda la constatación del dolor por el veloz paso del tiempo (“Corren las horas en su carro de fuego”, p. 70) y por la pérdida de “todo lo que fuimos” (p. 73) en el poema “Fotos borrosas”.

La introspección continúa, con variantes discursivas, en “Autorretrato” (p. 57), donde la poeta desvela, a través de una serie de metáforas zoomorfas, la sed de saber sobre una misma; o en “Dudas”, donde plantea una inquietante pregunta de alcance universal: llegados al último tramo de la vida, ¿habremos sabido escoger la senda acertada? Y otra vez reaparece, más afirmada si cabe, la conciencia de la autora de tener latiendo un “Corazón violeta” (“... y aprendí a ser yo, sin trabas ni cadenas”, p. 56), pensamiento que se incardina en aquella búsqueda de autenticidad que recorre el poemario desde la primera a la última página, aunque no se haga explícito a cada momento. No podía faltar en este “abismo luminoso” la expresión del sentimiento amoroso, el amor considerado como motor de la vida, ya sea en presencia (“Mi corazón hoy vive tu llegada”, p. 48) o en ausencia (“Desde qué estrella lejana me sonríes?”, p. 49). Se cierra esta parte con unos versos que, a modo de micropoética, tratan de

responder a la pregunta que no pocos incautos todavía se hacen: “¿para qué sirve la poesía?” (p. 77).

III.- Apenas diez poemas conforman la tercera parte del libro, significativamente titulada “Signos contra el silencio”. Son un puñado de estrofas que han sido entresacadas de la producción de un breve período de tiempo (2015-2016), un año solo pero más que suficiente para destilar en él la esencia del sentimiento arrasado por la pérdida de la amada. La autora no tiene otro oficio que reclamar clemencia mientras se enfrenta al rostro de la Muerte y muestra los límites de su desolación en “El mundo vacío”, una desolación que le hará incluso “odiar a la primavera” (p. 84) en el poema “Sin retorno”. Como un miembro amputado que sigue doliendo, la presencia de quien le ha sido arrancada de raíz continuará viva en antiguos paisajes, en ciudades o estancias antes gozosamente compartidas (“Bajo la niebla”, “Instantes”...). Las palabras sanadoras y el ritmo del verso son aquí convocados por la poeta para tratar de contener su desamparo extremo, sentimiento que culmina en el poema titulado “Deseo” en el que parece remansarse el duelo, en el que se afronta por fin el reconocimiento de la pérdida y se vislumbra la asunción de la herida para “seguir de frente donde el dolor te lleve” (p. 90).

IV.-En “Paisaje habitado (Poemas 2014-2019)”, y pese a las resistencias, la primavera termina por llegar y el paisaje vuelve a llenarse de seres, objetos y sensaciones que, como flores de otoño, parecían haber desaparecido para siempre. El renacer de la nueva estación aparece descrito en el poema “Ellas” y en “El resplandor”, donde la autora proclama que un nuevo amor “llegó como el rayo en la noche oscura” (p. 100) devolviéndola a la vida. “Tengo un *sakura* / crecido en mi corazón / con flores de amor” (p. 103), confiesa esta vez desde algún parque florido de Tokio. Y este renacimiento ha sido posible, “pese al dolor del tiempo, a sus heridas” (p. 94), no solo gracias a la voluntad de la autora sino también mediante la ayuda protectora de las diosas que habitan en las montañas peruanas (“la Pachamama... me devolvió el placer de la vida”, p. 111).

La conciencia social continúa estando presente en esta cuarta parte del poemario, de modo que se denuncia un tema tan actual y sangrante como el rechazo (o la indiferencia) de la sociedad primermundista a aquellas personas que, atravesando el Mediterráneo, arriban en pateras a costas europeas, poniéndose la autora del lado de los huidos con palabras que suenan como aldabonazos en nuestras conciencias: “No cierres las puertas al socorro. / Vienen a defender la vida” (p. 104). Una acusación de racismo que reaparece en el poema “Atletas”, donde las protagonistas son valientes mujeres deportistas (Rafaela Silva, Yusra Mardini) que, con todo su entorno en contra, supieron llegar con éxito a la meta. Y entre denuncia y denuncia, la voz de Cristina Galán sube de tono para gritar de dolor, impotencia y rabia (“su voz es nuestro aullido”, p. 95) ante el machismo que mata, convocando a un “Coro de las mujeres asesinadas” que, como Mónica y otras muchas víctimas aquí no nombradas, son “arrancadas del vientre de la tierra / como nobles árboles maltratados” (p. 97) en un conteo incesante. Y no le tiembla la voz ni el pulso para apuntar con el dedo a los asesinos y calificarlos de “arrogantes gallos”, “predadores de vida” o “especie en extinción”, y a ellos se dirige con un interrogante acusador: “¿Qué ley os levantó / como destructores de / la mitad de los seres?” (p. 113).

La poeta retoma en esta parte final la introspección de una misma, justamente en el poema “Árbol genealógico”, donde, sirviéndose de nuevo de imágenes zoomorfas, trata de averiguar su propia identidad: “Frente al espejo de los años / me pregunto quién soy” (p. 99). Es una cuestión recurrente que, a la postre, la autora deja sin resolver, aunque al lector(a) le vaya dando pistas sobre un sentimiento que prevalece en esta búsqueda, como es la necesidad que siente de volver al origen para renacer de nuevo: “libre, / sin doctrinas ni imposiciones” (p. 115), dice en los versos que dedica a su madre, hacia la que –sigue diciendo– “camino de vuelta hasta tu vientre”. Se percibe aquí cierta similitud con lo descrito en el poema

“Reencuentro con Lilith” (p. 106), en el que la poeta celebra su regreso a la madre originaria: “como la hija pródiga que vuelve / a la Madre misericordiosa [...] / Voy al paraíso del hogar, / al origen del cuerpo verdadero” (pp. 106-107).

“Escribo letras de fuego” (p. 117), reconoce la autora en el poema final del libro. Y es verdad que, al concluir su lectura, queda la sensación de que este poemario ha sido escrito a corazón abierto, que sus versos rezuman pasión y autenticidad, hasta el punto que la voz de Cristina Galán es indisoluble de la voz del sujeto poético: son una y la misma cosa. Hay rotundidad en el sentimiento, en el “territorio de la herida”, como hay rotundidad en la expresión, directa y certera, donde la naturaleza (poderosas imágenes, metáforas y vocablos tomados del mundo de la fauna y la flora) adquiere un papel protagonista al servir de reiterado vehículo léxico a las ideas que se quieren comunicar. Y puesto que –lo decía al principio– este poemario encierra una vida entera volcada en los surcos de la escritura, muy atinado es que el libro finalice con unas páginas que recoge un álbum fotográfico, “Imágenes de vida y poesía” de la autora, otra manera de acercarnos a ella: la palabra y la imagen aliadas para ayudar al lector(a) a comprender el hondo mensaje poético que le envía.

Referencias

- Galán Rubio, C. (1984). *Primaveras del cuarto oscuro*. Valdepeñas: Ayuntamiento de Valdepeñas.
- Galán Rubio, C. (2003). *Valdepeñas: Mujeres en la guerra de la Independencia*. Valdepeñas: Ayuntamiento de Valdepeñas.
- Galán Rubio, C. (2009). *Sueños de libertad. Francisco Abad, alias Chaleco*. Valdepeñas: Ayuntamiento de Valdepeñas.
- Galán Rubio, C. (2012). *El abismo mágico*. Segovia: Imprenta Rabalán.

Reseñado por María Luisa Calero Vaquera
mrlscalero@gmail.com
Universidad de Córdoba
España